

PRESENTACION Y PROPÓSITO

El vacío a llenar

El tópicus de ritual fluye por sí solo de la pluma al iniciar, con estas líneas, la presentación de los "Cuadernos de Historia Moderna". La tarea del profesor, del historiador y del erudito es la de rectificar errores y llenar los huecos del edificio de la investigación donde éstos aparezcan. En nuestro caso son tantos y tales, que aquí viene de perlas hablar de vacío. En el círculo de la Escuela histórica barcelonesa, por otros conceptos tan famosa, los estudios de Historia Moderna son tan deficitarios que se requiere una voluntad hercúlea para ordenar y precisar su futura estructura. Ya lo señalamos en el artículo "Notas sobre el desarrollo de la historiografía de la Edad Moderna en Barcelona", publicado ha tiempo, cuyos ecos han resonado más allá de las fronteras, benévolutamente acogidos por Richard Konetzke en la "Historische Zeitschrift". No tenemos, por tanto, que insistir sobre las causas de tal abandono. Pasemos a considerar las realizaciones logradas después de la publicación de aquel programa de acción.

Dos de las cuales, la formación de un equipo de trabajo en el Archivo de la Corona de Aragón y la fundación de un Instituto de Estudios Contemporáneos, pueden considerarse hoy plenamente alcanzadas. Al cabo de una campaña de tres años, iniciada cuando nos encargamos de la cátedra de Historia Moderna en la Universidad de Barcelona, es un hecho el progresivo desarrollo del plantel de investigadores modernistas. Algunos habían adquirido ya pleno vuelo bajo la dirección de otros maestros, como el Dr. Antonio Rumeu de Armas, cuyo traslado a Madrid tanto sentimos todos. Otros se acercaron a nuestro círculo procedentes de campos más trillados. Los más han plasmado su vocación y sus métodos de trabajo en la franca camaradería del Seminario de Historia de la Universidad barcelonesa o en la mancomunada labor de la Sección local del Instituto "Jerónimo Zurita" del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

La selección de este grupo nutre las filas del Centro de Estudios Históricus Internacionales, patrocinado por el Rectorado de la Universidad de Barcelona. Con menguadísimos recursos, que rozan el mundo de lo microscópico, pero con tenacidad invencible, el Centro desarrolló en 1950 un ciclo de conferencias sobre la política internacional contempo-

ránca que fué muy provechoso para sus asiduos y nutridos concurrentes. Participaron en ellas profesores de la Facultad de Derecho y eminentes personalidades extranjeras. Sin embargo, esa actividad no despertó el más mínimo entusiasmo en las altas esferas directivas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a las que nos habíamos acercado en solicitud de material amparo. Entonces, cambiando de rumbo, viremos hacia lo más ambicioso y perdurable. Y desde mayo de 1950 empezamos a bosquejar la publicación de estos "Cuadernos", en los que aunamos sus recursos el Centro de Estudios Históricos Internacionales, de un lado, y la Sección de Barcelona del Instituto "Jerónimo Zurita", de otro.

Así ha surgido esta nueva publicación, que en lo más remoto responde a la exigencia de establecer las primeras piedras de la Escuela histórica moderna barcelonesa, y en lo más próximo obedece a la presión de las jóvenes promociones de investigadores, deseosas de manifestarse en la ciencia, y a la de colaborar en el evidente resurgir de los estudios modernistas en España.

Ajuste de los "Cuadernos"

Para llevar a cabo nuestra tarea no nos sentimos arrogantes; sino, por el contrario, de una humildad consciente y definitiva. Aunque conozcamos la meta a que apunta nuestro arco, aunque nuestras ambiciones sean más altas que las que alimenten otros, sabemos que nuestra generación no verá techar el edificio que hoy empezamos a construir. Nos separan de la cumbre demasiados obstáculos: tradición historiográfica, bases documentales, prevenciones científicas y espirituales, grandes recursos económicos. Por esta causa seremos los oscuros obreros del futuro e indudable triunfo. No veremos la Tierra Prometida; pero estamos convencidos de que habremos hecho posible que otros lleguen a disfrutar de sus delicias.

Esos motivos justifican que, de momento, nuestra publicación no tenga el prestigioso empaque de una revista. Nos habríamos hundido antes de llegar a puerto. Quizá más adelante los "Cuadernos" se transformen en órgano periódico de la Escuela que, sin duda, se irá ampliando a su ~~alrededor~~ alrededor. Hoy nos basta tener la certidumbre de que podremos reunir los esfuerzos de unos pocos en la vía de unas consignas historiográficas, concretas y bien meditadas, que luego ~~expañaremos~~ intentaremos resumir.

Por otra parte, una publicación de este género no implica perturbación en el panorama de la sistematización de la labor histórica hispana. Al contrario, a juicio nuestro constituye uno de esos engranajes que com-

pletan el buen funcionamiento del mecanismo total. Como tuvimos el honor de exponer por escrito a los directores del Instituto "Jerónimo Zurita", nuestros apreciados maestros, amigos y colegas don Pío Zabala Lera, don Antonio de la Torre y del Cerro y don Cayetano Alcázar Molina, estamos convencidos de que la ~~mayoría~~ actual floración de los estudios históricos en este país exige una revista nacional conjunta de todos los grupos especializados --una revista de síntesis y orientaciones-- y, a su vez, constituyendo su sistema planetario, una serie de publicaciones, periódicas o eventuales, que recogieran las aportaciones eruditas o ~~investigaciones~~ las tendencias metodológicas de las distintas escuelas regionales o locales. En el primer punto, nada ha de innovarse: poseemos la revista "Hispania", cuyo prestigio ha quedado bien establecido a lo largo de once años de ininterrumpida presencia en la palestra histórica. En el segundo, es preciso estimular el desarrollo de los centros periféricos de investigación, siguiendo el feliz ejemplo que nos han dado, por ejemplo, los "Estudios de la Edad Media de la Corona de Aragón", de Zaragoza, o el "Anuario de Estudios Americanos", de Sevilla.

En este último campo nos situamos. Los redactores barceloneses de los "Cuadernos de Historia Moderna" nos complacemos en tributar el testimonio de nuestra adhesión a la revista "Hispania" como integradora de la alta ~~especulación~~ especulación historiográfica nacional. Y al ahondar en nuestro solar propio, la Historia Moderna, estamos convencidos de que contribuiremos a ensanchar las bases que, desde Madrid, Simancas y Sevilla, sedes, con Barcelona, de los grandes archivos nacionales, acogerán los sólidos cimientos del futuro y elevado pináculo de nuestra Historia.

Márgenes de nuestra actividad

Al hablar de Historia Moderna rechazamos, desde luego, cualquier encasillado oficial y cronológico de los estudios modernistas. Es tan sorprendente la miopía de algunos que no sólo se mantienen apegados a las cifras consagradas, buscando entre 1453 y 1517 unos titubeantes jalones a sus empresas, sino que incluso intentan subdividir el panorama de los Tiempos Modernos, en una aquívoca paráfrasis de un reparto no menos arbitrario y convencional de la Edad Media. En un momento en que los estudios prehistóricos han fijado un límite mínimo de quinientos mil años a las primeras culturas humanas y los más eminentes

pensadores consideran el desarrollo de las sociedades en unos escasos períodos --como vienen haciéndolo Toynbee, J. Pirenne y Jaspers, entre otros--, tales cubiláteos nos parecen juegan infantiles:. Es preciso darnos cuenta de una vez, que es unitaria la evolución de la Cultura Occidental y que ninguno de sus problemas básicos pueden abordarse sin recurrir a una profunda consideración de los hechos y fenómenos históricos que, por pura comodidad y una diferencia de técnica erudita, continuamos denominando medievales. Lo que, dentro de la misma corriente ~~una~~ cultural, separa lo medieval de lo moderna, no es una dificultad en la mecánica de la investigación --pongámonos por casos, el mayor o menos dominio del latín-- , sino una discrepancia mental, una actitud ante la vida que permitió ser "modernos" a unos cuantos intelectuales del siglo XII y permite ser "medievales" a muchos de nuestros contemporáneos.

Nuestro modernismo es un modernismo de estilo; no de fechas. Hasta donde alcancen los atisbos de una mentalidad "moderna" en organización económica, política, internacional, social y cultural de la Humanidad, hasta allí llegaremos nosotros, sin la más mínima preocupación por supuestas e inexistentes barreras cronológicas. Pero, claró esté , la mayoría de nuestros estudios coincidirán con los límites convencionales, puesto que es a partir de la primera mitad del Cuatrocientos que los fenómenos vinculados a lo moderno empiezan a superar y desbancar a los puramente medievales.

Localismo y universalismo en los "Cuadernos"

Existe una tendencia en el modernismo español respecto de la cual creemos conveniente precisar nuestra posición. Consiste en considerar como "localista" todo estudio que no tiene más ámbito que el de una población o una comarca, por importantes que sean en el mecanismo histórico. Los que la nutren estiman que es preciso abordar siempre los grandes problemas internacionales y barajar los hechos engarzándolos en la más conspicua visión del Universo, no sólo en cuanto a dimensiones ~~espaciales~~ espaciales, sino en cuanto a trayectoria moral. Para los tales importa más el continente que el contenido, el panorama de conjunto a los detalles que lo informan, la idea que el dato, la fibra del devenir histórico a la experiencia de este devenir.

Nadie ~~una~~ podrá tacharnos a nosotros de ser parciales a favor de una u otra postura. Hemos trabajado apegados al dato, y ello nos honra, según la mejor tradición de la Escuela histórica barcelonesa; pero cuando

hemos querido y podido, que no siempre nos ha sido factible exponer a las claras nuestro pensamiento, no hemos jamás rehusado lanzarnos por el campo, plagado de ismos, de las grandes vertebraciones generales. En consecuencia, nos sentimos bien parapetados en una deliciosa zona neutra y en situación de exponer libremente nuestro criterio en ~~un~~ asunto que no reputamos baladí, sino de ~~gran~~ tremendo alcance en la coyuntura actual de la ciencia histórica española.

En primer lugar, conviene despejar la atmósfera que enturbia la correcta comprensión del hecho que planteamos: la de la erudición. No nos cansaremos de repetir que llevamos medio siglo de atraso en la preparación documental de nuestras actividades científicas. Afirmar valerosamente la verdad, es crear el clima propicio para salir del error cometido. Y ¿cómo se cometió? Pues prescindiendo de la erudición y confiando en la eufórica alegría de las "intuiciones geniales". Es muy de lamentar el tiempo que perdieron, con raras excepciones, nuestros antepasados decimonónicos; y aun más, el que nos hacen perder a nosotros, compulsando afirmaciones gratuitas y superficiales. Es preciso, pues, que la actual generación se sacrifique en lo que pueda --todo sacrificio es menospreciado por aquellos que no lo comprenden-- y que peche con la ardua tarea de llevar a cabo el mayor esfuerzo de erudición que se registre en el país desde el siglo XVIII. Los Archivos no deben ser abandonados, como en algún caso sucede ahora, sino que deben constituir el eje fundamental de nuestras ~~publicaciones~~ preocupaciones. Es posible que se nos juzgue demodés, anticuados --o anticuarios, como nos llamaría Nietzsche--; pero no hay más salida que ésta para salir del empantanamiento actual.

La erudición conduce, inevitablemente, a la monografía localista, o sea al trabajo autolimitado en sus metas. En efecto, es muy difícil para el investigador que se preocupa honradamente en pulir y precisar todas las facetas de su campo de trabajo, salir del poliedro de sus afanes para lanzarse alegremente a las especulaciones cosmológicas o ecumenizantes. La sinceridad de su labor le induce a repugnar el desenfadado mariposeo de las acobracias ensaísticas. Sabe que un centenar de datos esparcidos, doscientas frases cogidas al vuelo, son otros tantos insignificantes sondeos en el profundo y desconocido piélago del pasado. ¿Cómo podría figurarse el nauta o el geólogo la superficie de los abismos oceánicos si sólo los hubiera medido con avarienta y descuidada sonda? Para el historiador el problema es el mismo. De tal suerte que así como el imprevisor marino estrellaría su nave en el desconocido arrecife, en la mayoría de los

casos los consabidos estudios históricos "universalistas" más parece dramático ejercicio de acrobacia, en que el espectador espera, impaciente, el momento fatal en que, fallándole el atleta el último trapecio, irá a desplomarse en absurda pirueta sobre la arena circense.

Por otra parte, y esta reflexión nos parece decisiva, lo local no está en el tema, sino en la manera de concebirlo. Muchos de nuestros decididos "universalistas" deberían recordar las páginas de la Historia de Osnabrück de J. Möser, en las cuales, ya en 1772, a través de una simple historia local, aquel autor llegó a la síntesis máxima que posibilitaría el desarrollo del historismo: la unión entre la Historia real y la espiritual. Desde tan remotos precedentes hasta la fecha, son innumerables los ejemplos que demuestran que no es el asunto sino la manera de enfocarlo lo que resuelve el valor universal de la producción histórica. Y, desde luego, nada puede ser universal y permanente sin el apoyo de infinidad de datos ~~numerosos~~ eruditos que corroboren la certidumbre de las conclusiones finales.

Para la actual ciencia histórica española no cabe otro remedio que el "localismo universalizado". En otros términos, el aprovechamiento a fondo de nuestros archivos sobre temas concretos y limitados ~~temas~~, cuyos resultados se engarzen con una inquietud y unos métodos universales. Redactar, por ejemplo, y sea dado sin ningún interés por justificarnos a nosotros mismos, una historia de los reinos catalanes en el siglo XV, con densa plataforma documental, no sólo es hacer posible, al lado de los estudios del italiano Fanfani, del francés Boutruche y del belga Verlinden, una comprensión formal del régimen social agrario en el Occidente de Europa a ~~fin~~ comienzos de la Edad Moderna, sino, lo que es todavía más importante, contribuir a definir las dos grandes ideas de libertad y propiedad en los albores de nuestros tiempos. Mucho mejor desde luego, que examinándolas con los retazos del pensamiento de los humanistas de la época: de Salutati a Erasmo.

El ideologismo, un error en que no incurriremos

La crisis de nuestra historiografía a raíz de la última discordia civil, cuando escuelas y maestros naufragaron en el temporal de enredadas ~~pasiones~~ pasiones, hizo ingenuos, donde no existía el peso de una larga tradición de trabajo científico universitario, a la generación que había sucederles. Nadie puede negarnos que ésta se formó con muy escasa experiencia metodológica y muy profusas lecturas del ensayismo filosofante.

entonces en boga. A todo ello vino a agregarse, según también es bien notorio, la difusión de unas cuantas obras extranjeras, que si en su país de origen estaban equilibradas por la densidad científica del medio ambiente, estallaron aquí con perniciosos efectos. Citarlas sería excesivo. Pero como para muestra vale un botón, indicaremos las dos principales: "La crisis de la conciencia europea" y "El pensamiento europeo en el siglo XVIII", de Paul Hazard, y "La conciencia burguesa", de Bernhard Groethuysen.

Ni éste ni aquél fueron jamás hombres de archivo. Su formación les indujo a bucear en la historia cultural a través de sus experiencias literarias o sus preocupaciones religiosas. Jamás se preguntaron si hacían o no hacían Historia; quizá así lo creyeran. En realidad, revolotearon entre libros y folletos, libando aquí y allá el néctar de unas frases más o menos afortunadas. Y así construyeron sus libros, cuya aportación más considerable, sobre todo en el caso de Hazard, fué la brillantez expositiva. El método y el estilo, ~~en~~ en particular el "estilo sincopado", fueron servilmente imitados por una generación que apenas ~~conocía~~ conocía el valor del rigorismo histórico. Para el futuro historiador de nuestra historiografía, filiarlos será juego de niños.

Y bien, los "hazardistas" españoles, cuya ingenuidad cayó en el engaño de confundir, como su maestro, el reflejo de las causas con las mismas causas, se lanzaron impetuosamente en la azarosa aventura de edificar la Historia Moderna de España según las normas, si las hay, de un ideologismo más o menos gratuito. Durante cinco años hemos estado contemplando el auge de esta febril epidemia, sin que los representantes de la vieja guardia erudita pusieran coto a la enfermedad desde la cátedra, los tribunales de Doctorado o los de oposición. Bien al contrario: la fomentaron y la recompensaron, de tal modo que el ideologismo historizante español es hoy una de las amenazas más serias para el progreso de nuestra ciencia. Capacitados valores se han dejado enrolar bajo tal bandera, y sólo una tremenda decisión podrá apartarlos del error y restituirlos al verdadero camino de la Historia.

Rehusamos, pues, cobijar en estos "Cuadernos" toda ~~frivolidad~~ frivolidad ideologista. Preferimos hundirnos en la llaneza amazacotada del dato, que elevamos a las alturas de los fulgurantes fuegos de artificio. Porque el dato, por lo menos, queda; el artificio es una pantalla del vacío, y sólo sirve para que especuladores intelectuales esgriman sus facultades en el terreno donde la propaganda es convincente: el ~~de~~ en-

~~mayor~~ sayo político.

No descubriremos la pólvora

Descubrir la pólvora. He aquí otro de los resultados de la improvisación en el campo de las ciencias. Sólo las infautadas pretensiones de quienes ignoran la realidad del trabajo llevado a cabo por multitud de generaciones pueden llevarlos a plantear cuestiones o problemas metodológicos que ya están resueltos en el ámbito de los especialistas de una ciencia. En este aspecto, nuestra humildad se acentúa. Reconocemos que la historiografía hispana debe muchísimo a los progresos realizados en lo que, políticamente, puede llamarse el extranjero, pero que en el campo de la cultura son otras tantas provincias de la misma unánime colectividad. Apreciamos los esfuerzos llevados a cabo por alemanes, italianos, ingleses y franceses en el común denominador de nuestros afanes y nos sentimos solidarios de sus actividades. Nos inclinaremos ante los maestros donde los haya, cualquiera sea su nombre, y rehusaremos incensar a las glorias de campanario. La sinceridad ha de ser el precio de nuestro progreso.

No descubriremos, por tanto, que toda manifestación política tiene su plataforma social, comprobación que posee un siglo de bien ganado prestigio metodológico. No descubriremos que toda plataforma social responde a un exclusivo mecanismo económico; ello nos conduciría por la senda del marxismo integral de 1848. Nos limitaremos a abrazar la verdad y a exponerla de acuerdo con las tendencias predominantes en nuestro tiempo.

Los Diez Puntos de los "Cuadernos"

Formuladas las observaciones que anteceden, podemos pasar ~~se~~ a exponer la parte positiva de nuestro criterio histórico. Nos limitaremos ~~mayor~~ hoy a resumir nuestras opiniones, con la esperanza de ir desarrollando los puntos de nuestro programa en números sucesivos.

1.º Creemos fundamentalmente que la Historia es la Vida, en toda su compleja diversidad. No nos sentimos, por lo tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de fideidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado, y, en primer lugar, los intereses y las ~~mayor~~ pasiones del hombre común.

2.º Creemos que la Historia se ha desarrollado en un marco geográfico y que uno de los principales esfuerzos realizados por la Humanidad ha sido

la conquista del suelo y de sus riquezas. El estudio de las relaciones entre el hombre y el medio ambiente debe ser esencial en todo intento de comprender vitalmente el pasado.

3º Creemos que el hombre "está" en la Historia, y que tal actitud lo hace copartícipe de su ambiente social, hasta el punto de desdoblarse en un "sujeto" activo y un "co-sujeto" pasivo.

4º Creemos en el principio de la articulación social, y en el juego libre de personalidades creadoras, minorías selectas y mayorías fieles en los grandes momentos de plenitud de la cultura; y personalidades exhaustas, minorías anquilosadas y mayorías rebeldes en las etapas de su disgregación:

5º Creemos que en la Historia es un factor importante la lucha por la distribución de las riquezas morales y materiales. Partiendo de su pobreza prehistórica, el hombre y la sociedad han ido creándose bienes, los cuales se traducen en el individuo por una "escala de valores" ante la vida. Establecer la realidad histórica de riquezas y valores es un elemento preliminar a todo estudio económico, social, político e ideológico del hombre, incluso en la esfera familiar..

6º Creemos que la Historia debe definir las sucesivas mentalidades del pasado. Por mentalidad no entendemos la "Weltanschauung" de los filósofos, ni ninguna clase de "representación del mundo", sino la reacción del individuo, en su varia gradación intelectual y social, así como la de los grupos que lo interpretan, ante los sucesos históricos que perturban sus anteriores imágenes sobre los valores y las riquezas morales y espirituales. Esa mentalidad se discrimina mejor en los actos humildes de la vida corriente, que no en las elevadas especulaciones de los intelectuales, aunque entre unos y otros exista, a veces, ciertas correlaciones.

7º Creemos que cada generación histórica tiene su propia mentalidad, que se contrasta en el modo de recibir la herencia moral y material de la generación paterna y se revela en una serie de afirmaciones políticas e intelectuales. Pero no creemos en la "generación local", sino en las grandes generaciones en el seno de una misma cultura; la Occidental en nuestro caso. Aquella indica un timbre; ésta el tono del conjunto.

8º Creemos que debemos aceptar las consecuencias de los hechos históricos y rehusar toda actitud batallona ante el pasado. La ~~actividad~~ beligerancia frente a la Historia debe reservarse al político o al santo. Como tal científico, el historiador no pretende enmendar los sucesos his-

tóricos, sino comprenderlos en su totalidad.

9º Creemos en la eficacia del método estadístico para establecer la certidumbre histórica. Un dato puede contener la verdad; doscientos nos libran del error, lo que es más importante. El método estadístico es esencial para determinar valores, riquezas y mentalidades. Sin recurrir a él a través del minucioso análisis de precios, salarios, inclinaciones políticas y tendencias culturales, es imposible comprender nada del siglo XIX.

10º Nos sentimos a gusto en nuestra Civilización Occidental, cuyos altos fines consideramos servir estableciendo la verdad histórica por la libertad en la investigación y la exposición.

Del programa a su realización

Tal es nuestro credo histórico. Pero de la realidad actual al cumplimiento de los propósitos de los "Cuadernos" sabemos que media un abismo. Día llegará en que la colaboración en estas páginas responda al ideal exigido. Tenemos absoluta fe en las nuevas promociones de historiadores, larvadas hoy en las aulas universitarias. Mientras tanto, daremos fe de vida aceptando los artículos nacionales y extranjeros —que a todos acudimos en fraternal solicitud de apoyo— siempre que respondan a un riguroso metodológico y a una sinceridad expositiva. De momento, no exigimos más. Con el transcurso del tiempo, si esta publicación está destinada a sobrevivir, podrá comprobarse en su lectura el progreso creciente en la realización de tales ideales.

Hoy marchamos, pues, con la frente despejada hacia una meta radiante. Sin confusionismo alguno, ni desleales propósitos. Esperamos que se nos comprenda. A todos, a los amigos del programa de los "Cuadernos" y a sus posible adversarios, a todos un cordial saludo. A los primeros, por el significativo alborozo de sus corazones; a los segundos, por la tenaz defensa de sus reductos. Porque la Verdad sólo se abre paso a través de la noble pugna de ~~xxx~~ arraigadas convicciones.

J. VICENS VIVES